





# **LECTURAS NO APLICADAS II**

**2019**



# ÍNDICE

<b>DE LO NATURAL, LO SOBRENATURAL Y LA FICCIÓN.....</b>	<b>7</b>
ENEMIGOS, <i>MANUEL MATEUS</i> .....	9
EL VESTIDO AZUL, <i>ENRIQUE NIETO</i> .....	13
LA DESAPARICIÓN DE L, <i>ALEJANDRO ESPEJO</i> .....	16
MARIPOSAS NOCTURNAS, <i>MARÍA F. ARANGO</i> .....	17
OBJETOS DE VALOR, HUMANOS DEVALUADOS, <i>ALEJANDRO ESPEJO</i> .....	18
LAS PATAS DEL PEZ MONO, <i>MANUEL MATEUS</i> .....	21
LOS GUAYULES, <i>ENRIQUE NIETO</i> .....	27
<b>CUATRO POEMAS Y UNA VERDAD.....</b>	<b>31</b>
NADA DE ESO TIENE QUE VER CONMIGO, <i>MARIA F. ARANGO</i> .....	33
RESPUESTA, <i>ALEJANDRO RAMÍREZ</i> .....	34
SIEMPRE EN SILENCIO, <i>MARÍA F. ARANGO</i> .....	35
VIVE SIN VIVIR EN MÍ, <i>ALEJANDRO RAMÍREZ</i> .....	37



DE LO NATURAL,  
LO SOBRENATURAL  
Y LA FICCIÓN





## ENEMIGOS

**P**arece ridículo, pero es cierto: este mundo es muy pequeño para dos personas cuando se odian.

Como el amor que se pudre y da paso al odio: una amistad, un negocio, un pacto roto da luz al enemigo. Así fue. Decidí abandonar mi hogar, trasladarme al extremo más insospechado de la ciudad, cortar todo vínculo con el pasado, cambiar como más puede un hombre su apariencia y sus modos; entonces salía a la calle con gafas oscuras y casi siempre envuelto en una bufanda (si es que fueran muchas las veces que andaba por fuera). Pensé que con tales prevenciones lograría mi espíritu apaciguar sus aguas (Vaya error). Una tarde, tomaba cerveza en un tugurio cuando apareció, observándome del otro lado de la ventana, la figura de mi enemigo. En un principio dudé de lo que mis ojos atestiguan, pero cuando este se quitó los lentes y sonrió mostrando sus asquerosos dientes de inglés, de pronto levantó la cerveza en su mano como si brindara, no me cupo la menor duda que se trataba de él. Tales antros siempre tienen alguna puerta alterna que da a algún callejón de mala muerte, y por ella me escabullí aprovechando la oscuridad viciada de ese sitio; presa del pánico y luego, ganando valor, flaqueé el bar para dar a la calle donde lo había visto hace un instante. Al asomarme, botella en mano y con la firme decisión de luchar, de matar o morir, contra aquel hombre que antaño fue algo más que un hermano para mí, noté que había desaparecido. Con cautela, observé a ambos sentidos de la vía sin encontrar el menor rastro de su presencia; me asomé al bar, estaba

seguro que había entrado en mi búsqueda, pero nada. Fue cuando supuse que me habría seguido por aquella puerta alterna y que me había ganado el paso; inmediatamente pensé que, si me diera por voltear, lo encontraría frente a frente. Todo el valor reunido desapareció de golpe, se me congeló la sangre en las venas, simultáneamente comencé a sudar frío: alguien me respiraba en la nuca. Mi corazón, una estampida de pánico, saltaba en mi pecho, luchaba por salir disparado por mi boca. Sin pensar en más, salí corriendo de allí para siempre.

Encontré un alejado pueblo a duras penas dotado de nombre, lejos de cualquier gusto o fantasía pasada, un lugar a todas luces inaccesible, al cual solo se podía llegar desde L. atravesando un río en lancha y luego por una trocha a mula, eso si no se quiere triplicar el periplo a pie. El casco urbano lo conformaba si acaso unas quince o veinte viviendas, mas yo me instalé en un rancho solariego de bareque y tierra pisada, a unos kilómetros de esa pequeña población. No pasó mucho tiempo para que también en este remoto sitio me encontrara. Me encontraba pescando en el río, ya que temía ir al mercado y ser delatado por algún poblador, así pues, no me relacionaba ni me fiaba de nadie, es más, cualquier necesidad me la procuraba por mis propios medios. Bien, pescaba en un pequeño bote al estilo de Tom Sawyer: recostado sobre mi espalda, con la mirada abierta al cielo, la caña asegurada de reel al remo y la mente despejada. Pensaba que por fin estaba completamente a salvo. Pero, cuando más a salvo me sentía, me pareció oír voces o pasos. Me incorporé observando alrededor sin encontrar nada, supuse que mi imaginación jugaba conmigo, pero me equivocaba. Junto a la cascada, tras una cortina de agua evaporándose en nubes y pequeños arcoíris, sobre un peñón de rocas, lo encontré mirándome y sonriendo. Llevaba una escopeta de caza terciada a la espalda. Yo tomé la mía y disparé dos veces; al tiempo que él hizo lo mismo. Mis balas atravesaron la cortina de agua, pero mi enemigo permaneció allí, de pie, sonriente. Agarré unos cartuchos guardados en mi mochila, pero estos resbalaron de mis

dedos, no sé si mis manos sudaban o la maleta estaba empapada de río. En todo caso, traté de cargar mi escopeta, traté luchar, pero los cartuchos seguían cayendo; miré de nuevo sobre las piedras, a través de la cascada: mi enemigo había desaparecido. El valor por enfrentarlo también desapareció. Comencé a buscar con la mirada entre los arbustos, pues me parecía ver movimientos entre la maleza, sombras, crujidos de ramas. Agarré los remos y remé como un loco ayudado por la corriente hasta pisar tierra, río abajo. De pronto me vi corriendo, corriendo hasta caer y perder el sentido.

Aquí todo se torna confuso para mí. Luego de tomar el dinero y de marcharme del país, esta historia, lejos de terminar, no dejó de repetirse a cuanto lugar llegaba. En principio le tomaba un tiempo hallarme, es cierto, pasaban semanas, meses, incluso años inmerso en una calma aparente; pero sus apariciones se tornaron mucho más frecuentes: como si lo llevara enquistado, lo encontraba en Nueva Delhi, en los cafés parisinos, en las fragatas holandesas, en las costas turcas, en los mercados marroquíes, en todo y cada lugar daba conmigo; no obstante, sigo sin explicarme por qué mi enemigo se mantenía obstinado con perdonarme la vida, siempre estando allí, sonriente, ufano... fue así como llegué a una de las esquinas del mundo. Yo corría, y bajo el peso de las gotas de lluvia escuchaba sus pasos. Esta encrucijada me llevó al borde de un risco, sin salida tal vez, pero con escapatoria. Pisaba la roca húmeda del acantilado, atrás de mí tronaba la violenta vorágine del abismo. Un muro de agua nos separaba, un espejismo... desenfundé mi revólver y apuntándole al pecho, a tiro, le dije: «Esto acaba acá. Es su vida o la mía». La voz se me entrecortaba, observé mi mano que pesaba como plomo y vi que esta temblaba en su resolución. «Ni un paso más», dije (pensé que gritando, pero no, mi voz era apenas un susurro). «No me importa morir, pero si he de irme de este mundo, me iré acompañado». Él apenas reía con su asquerosa boca. Dio un paso y apreté el gatillo. Vi como aquella bala atravesaba su pecho, pero de este no salía sangre, sino que

manaba agua como un dios. Disparé otro par de veces, algunas balas impactaron, otras no. Aquél hombre soltó una carcajada, luego dijo: «Tú no puedes conmigo» y yo le dije «¿Qué no?» y me llevé el cañón a la sien y lo apreté. Tronó el martillo del revólver, un calor iluminó mi cabeza por un instante y pronto me vi cayendo por el precipicio; paralelamente observé a mi enemigo caer con los sesos desechos. Antes de morir él me susurró: «¿Ves?, te dije que no escaparías». Entonces todo oscureció y escuché mis huesos crujir contra las crestas de las rocas y las gotas de lluvia y la furia del mar chocando contra la costa.

## EL VESTIDO AZUL

Desde que se separaron, Helena no había vuelto a dormir bien. Se quedaba todas las noches mirando a través de la ventana y deseando que su querido esposo regresara. Pero también sabía que no lo haría. Recordaba con tristeza que él conducía el auto esa noche y una absurda discusión sobre su vestido azul terminó haciendo que perdiera el control y se estrellaran. En ese momento se separaron para siempre.

Al pasar el tiempo, Helena empezó a olvidar cómo se veía la luz del día. Al amanecer, después de pasar la noche en vigilia, sentía el cansancio y trataba de dormir, pero entonces la despertaban las pesadillas. A veces era su querido esposo llamándola, lamentándose, queriendo estar con ella. Otras, era una anciana ciega, y la buscaba por toda la habitación. En otras ocasiones sentía un espectro maligno que se subía sobre ella y la miraba, acariciaba su vestido deseándolo, luego introducía su delgada lengua como un tubo y absorbía la saliva de su boca. Al despertar, veía el ocaso en la ventana.

Ocasionalmente olvidaba qué era lo que hacía durante el día, solo recordaba quedarse metida en su habitación toda la noche e incluso no estaba segura si desayunar en la cocina o tomar una ducha eran recuerdos o invenciones de su mente depresiva. Luego pensaba que su estado era solamente algo postraumático que iba a dejar pasar.

Por momentos notaba con susto que ella no había cerrado la cortina y la abría, o lo contrario con la puerta que encontraba abierta y la cerraba, también que el vaso de agua en la mesita aparecía lleno tras haberlo bebido o que el libro abierto sobre la mesa antes lo había puesto con cuidado en el librero de la habitación. Llegó a pensar que era su esposo quien se trataba de comunicar con ella por medios sobrenaturales.

Helena pensó que estaba enloqueciendo y, mientras la luna la iluminaba, lloraba y gritaba que quería estar junto a su esposo, que lo extrañaba, que hubiera querido que esa trágica noche nunca hubiera pasado. Repentinamente, como si estuviera en un trance, empezó a escucharlo, sentía su voz que le pedía que se sentara en una de las sillas junto a la mesita de la habitación y ella se preguntaba si estaba dormida, y si así era tendría la oportunidad de verlo de nuevo. En algún punto estaba consciente que quizás estaba demente.

Corrió la silla suavemente, un poco asustada, un poco ansiosa, y se sentó. La voz de su esposo, que parecía enfocarse frente a su rostro, tan nerviosa como ella y al mismo tiempo tan poderosa, le pedía que estirara los brazos y abriera las manos. Helena, muy nerviosa, obedeció atentamente, y sintió sobre sus manos el roce como de una seda, una sensación que se hacía cada vez más sólida, hasta que vio que sobre sus manos estaban las manos de su esposo, empezó a ver los brazos como si salieran de una niebla, vio el cuerpo, el cuello y el rostro asustado y entristecido de su esposo, todo él, sentado en la silla frente a ella.

—Debes... —dijo él, entrecortado.

—Amor de mi vida, no te escucho. ¡Ven conmigo! ¡Quiero que estemos juntos!

Él trató de soltarse, pero se restableció. Observaba a la derecha, como si estuviera escuchando a otra persona, siguiendo sus instrucciones.

—¿Con quién estás? —dijo Helena— ¿Es otro fantasma?

—¡Debes partir, no estás bien!

—¿A dónde debo ir?

—Busca la luz...

Fue como un corrientazo. Todo tuvo sentido. Helena se soltó y vio la habitación iluminada, viva, y a la anciana sentada junto a su esposo. Empezó a recordar sus sueños. Veía a su esposo asustado en la habitación, asustado porque veía abrirse solas las cortinas en la noche, asustado porque se cerraba la puerta, asustado porque los libros se movían solos, asustado porque su vaso de agua amanecía sin agua, asustado porque la silla se movía de su sitio y asustado porque escuchaba sus tristes lamentos y llantos en medio de la noche. Veía a su esposo hablando con la anciana, pidiéndole ayuda y la anciana le decía que Helena no quería irse de allí y si no lo hacía, un demonio vendría por ella.

Helena reaccionó y la habitación había vuelto a apagarse y ser fría. Empezó a gritar por su esposo y preguntaba por la luz. Detrás de ella apareció aquel ser infernal y le dijo con voz convincente que no se preocupara, que si se iban juntos la llevaría a donde estaba la luz, y que pronto se reuniría con su amado esposo. Un portal de fuego se abrió y Helena, como si estuviera hipnotizada, aceptó irse con él.

«Helena ahora descansa en paz», dijo a la anciana a su esposo. «Si no es molestia, quisiera mi pago». El hombre, evidentemente dolido, pero como si se hubiera librado de un gran peso, se acercó al armario y sacó una caja con el sello de la morgue y el nombre de Helena. La miró pensativo. «No crea que soy una persona mórbida. No sabe cuánto significa para mí», le aseguró, agregando que era un pago mejor que el efectivo y prometiendo darle un uso respetuoso. El esposo le entregó la caja a la anciana quien sonrió mostrando todos sus dientes al ver su contenido: un vestido azul.

## LA DESAPARICIÓN DE L

Hacía dos horas la oficina había cerrado, las luces siempre permanecían encendidas por razones que trascienden la razón. L se encontraba inmóvil observando la oscuridad de su monitor apagado, nadie notó que seguía ahí en el momento que se fueron, si alguien lo hizo habría pensado que tenía trabajo acumulado.

—¡L, quiero ese informe lo más pronto posible! —Gritó su jefe sacándolo del trance.

L giró su cabeza y se percató de que la voz no provenía de su jefe sino de la puerta de su despacho que se abría y cerraba como una gran boca vertical que seguía sermoneándolo. En el escritorio adjunto reposaba la grapadora de su compañera, esta empezó a abrirse y a cerrarse, escuchaba su voz preguntándole en un tono tierno si le iba a ayudar el sábado con la mudanza. L se sentía feliz de estar con ellos sin tener que ver sus caras cansadas, de no tener esas presencias amenazantes rodeándolo, deseaba ser un objeto más y mezclarse en el vacío. Giró de nuevo su cabeza y las teclas de su teclado ahora eran grandes y afilados dientes, la pantalla un gran ojo, L fue devorado en seguida y la oficina continuó sola e inmutable. Al siguiente día todo el personal colmó el lugar pero L no fue extrañado hasta que, días más tarde, el jefe necesitó su informe.



## MARIPOSAS NOCTURNAS

**E**ntramos. Estás frente a mí mirándome con tu par de zafiros, única luz entre estos cuatro metales. Me acerco a ti y rozo con mi lengua la deliciosa fresa entre tus mejillas, te muerdo y siento que tu boca se deshace entre la mía. Quiero explorar cada rincón de tu cuerpo e impregnarme de tu aroma suave y felino. La intensidad de nuestros besos sube y también tu respiración, nuestras manos inquietas juegan con lo prohibido: las tuyas, con mi sexo; las mías, con los lunares de tu pecho. Tu corazón golpea con tanta fuerza que casi lo siento entre mis dedos; levanto tu camisa y enseguida retiro la mía, luego recorro el camino de gotas de sudor que se deslizan por tu desnuda pomarroza. Allá, más abajo, está ese postre nocturno que ansío devorar, aunque saboreo primero con mis yemas, tal como un niño prueba los bordes de un delicioso pastel antes de comerlo; una mezcla de dulce y salado se impregna en mi boca, y mi lengua baila al ritmo de lentos movimientos que se tornan una vorágine; siento cómo tu cuerpo tiembla y veo tus ojos desorbitados, estás muriendo, alguien golpea la puerta pero no te importa, me aprietas con tus piernas obligándome a seguir la faena, ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!, de nuevo suena y no me detengo, me aprietas más fuerte y siento que rocías mi rostro con tu escarcha blanquecina. Allá, entre el estruendo, las bebidas y las luces de colores, te espera quien supone ser dueño de tus labios. Nos vestimos con rapidez ignorando a la chica que desea usar el baño, maquillamos nuestros ojos, labios y mejillas, y volvemos a la fiesta.

## OBJETOS DE VALOR, HUMANOS DEVALUADOS

Todas las mañanas caminaba por esas calles observando los marcos de las ventanas y los techos de las casas coloniales, se estremecía al pensar en los cientos de años que esas viejas edificaciones habían sido testigos silenciosos del tiempo, se sentía feliz por estudiar tan cerca de la historia, su corazón se llenaba de sangre mientras a pasos acelerados andaba por el centro de la ciudad, una sonrisa se dibujaba en su cara y disimulaba su preocupación por llegar tarde a clase. Al doblar la esquina, a unos metros de la entrada de la universidad, un anciano lo llamó:

— ¡Joven, joven! ¿Podría ayudarme a llevar esta silla a mi casa? Ya estoy exhausto y creo que no puedo más.

El estudiante se detuvo y miró al anciano, en especial su atuendo; pantalón azul, mocasines cafés, saco de lana beige y una boina gris, tenía la barba blanca de una semana. Sintió inmediatamente empatía por él ya que le recordaba mucho a su abuelo fallecido recientemente. Olvidó su clase de historia y decidió ayudar al anciano.

—¿Desde dónde viene con esa silla señor? —Inquirió el joven.

—Desde la tercera, es una herencia familiar de mi fallecida esposa, ha pasado de generación en generación, un amigo la estaba examinando pero dice que no tiene valor. Ahora la llevo de vuelta a la casa.

El anciano miraba al joven fijamente mientras sonreía, y este observaba la silla que era de madera con tapizado rojo y borlas amarillas al final de los brazos, parecía muy antigua tal vez de la

época republicana. El viejo vivía en una casa muy antigua como todas las del sector, al entrar el joven esperaba encontrar muchos artilugios y muebles antiguos como el que llevaba en sus manos, pero se encontró con una casa prácticamente vacía, solo quedaban las cortinas de algunas ventanas, la cama del anciano en uno de los cuartos y algunos utensilios de cocina, eso hasta lo que el joven podía ver.

—¿Qué pasó con todo, señor?

—Mis hijos me abandonaron y me dejaron una deuda muy grande cuando estudiaron, he tenido que vender todo para pagar y evitar que me quiten la casa, cada vez estoy más solo. Hace un año murió mi mujer y ahora que el gobierno me quitó su pensión no tengo otra alternativa. Cada vez que vendo estas cosas siento que vendo los recuerdos, es como si me arrebataran pedazos del alma, me siento cada vez más enfermo, pero ¿Qué más puedo hacer?

Dijo esto el anciano mientras se sentaba en su cama y miraba fijamente el piso de madera. El joven sintió cómo se humedecían sus ojos al contemplar esa triste escena, pensó en los desalmados hijos y esas absurdas leyes, apretó sus puños y trató de mirar hacia otro sitio para que el anciano no se diera cuenta de su reacción. Tomó aire para decir algo, pero tenía la garganta hecha un nudo.

—Agradezco mucho que me haya ayudado con la silla, si tuviera algo que darle... —volvió a mirar hacia el piso pensativo— ¡Ya sé! En ese cuarto, al fondo hay un par de cajas con libros, lo que queda de la biblioteca familiar, tome el que quiera. El joven fue inmediatamente, ni siquiera había visto ese cuarto, se agachó para sacar el libro de una de las cajas pero de repente se acordó de su clase, había faltado en varias ocasiones y no podía darse el lujo de fallar o llegar tarde nuevamente, así que tomó el primer libro que encontró y salió deprisa de la casa del anciano.

Pasó más de una semana antes que el joven mirara el libro que había dejado a un lado en su escritorio, pues se encontraba en exámenes. Una noche observó el libro y se acordó del viejo, de su precaria situación, lo tomó y empezó a ojearlo, trataba sobre

un personaje ilustre del siglo diecinueve, tenía unas tapas duras y de color azul oscuro, las esquinas estaban un poco dobladas pero enseguida intuyó que tenía un gran valor. Pasaron tres días para que volviera a tomar el libro, al revisarlo esta vez encontró una ilustración excepcional que le llamó la atención, la observó detenidamente, era el sujeto al que hacía referencia todo el libro, tenía una mirada estoica, vestía una levita negra con una camisa blanca de cuello inglés, la ausencia de sombrero le pareció inquietante, en el fondo se distinguía una biblioteca, además de esto estaba sentado en una silla, que reconoció en seguida.

Esa noche no concilió el sueño pensando en cómo ese objeto de alto valor histórico, esa silla que tuvo en sus manos, podría ser la solución para que el anciano terminara sus días dignamente. Se imaginaba que ya el banco había confiscado la casa y veía al viejo a la deriva en las frías calles de la ciudad. Daba vueltas en su cama pensando que el anciano había entregado la silla en cualquier prendería por unos pocos pesos.

A las cinco de la mañana saltó de su cama, salió y tomó un transporte hasta el centro. Al llegar corrió hacia el hogar del anciano, golpeó la puerta en repetidas ocasiones sin obtener respuesta así que rodeó la casa y encontró una ventana por la que calculó que podía entrar, agarró una roca y rompió el cristal, mientras retiraba los pedazos del marco se preguntó si no estaba yendo muy lejos, si el insomnio no le jugaba una mala pasada. Al ingresar notó un olor pestilente que aumentaba mientras se acercaba al cuarto del viejo, abrió la puerta y vio el cadáver en descomposición, tapó su nariz con una mano, con la otra apretaba el puño, el anciano tenía la misma ropa del día que lo había ayudado y la silla a su lado. Al abandonar la casa observó que alguien se acercaba, no eran médicos o personal del servicio funerario, eran policías acompañados de agentes de incautación.

## LAS PATAS DEL PEZ MONO

**M**i tío Frank tenía más de aventurero que de científico, pero esto no le impidió hacer el ridículo una tarde para la deshonra familiar en el Centro de Convenciones de Cartagena ante toda la comunidad científica. Afirmaba haber descubierto al eslabón perdido y aseguró acérrimamente que además de nuestra raza, la especie humana se había subdividido en tres. Como bien es sabido, la vida en la tierra nació en el mar y allí se resguardó y evolucionó la primera raza: los llamó tritones, que según él, se encuentran distribuidos por los siete mares en ubicaciones inaccesibles para el hombre; estos personajes, cuentan con una tecnología superior a la nuestra, por lo que sus ciudades y rastros son prácticamente imperceptibles; mi tío aseguraba (y lo peor es que lo sigue asegurando) que los tritones cuentan con una industria sofisticada, que no debíamos (debemos) preocuparnos de la contaminación marítima, pues ellos aprendieron apenas identificaron la tendencia autodestructiva humana a utilizar nuestros residuos orgánicos como material de compostaje para sus granjas y nuestros desechos no orgánicos como materia prima para su industria. La segunda raza es la nuestra, de la cual no hay que dar mayores detalles. Y la tercera, como no, es la estirpe del pez mono. El pez mono nació de la curiosidad, el día en que una de las colonias tritones asentadas en la costa polinesia se aventuró a pisar tierra firme. Esta especie, según el tío Frank, dio paso a los *austrolopitecos*; es un ser diminuto de aproximados 60 centímetros de alto y 40 kilos de peso, los dedos de sus patas son alargados como lo de los monos, pero palmeados como los de un pato; la piel está

revestida de escamas tornasoladas las cuales evolucionaron en un sofisticado camuflaje que desvían los rayos del sol y lo convierten en una criatura invisible a su antojo, poseen unos orificios nasales parecidos a las aberturas de los picos de un ave, pero también poseen branquias a la altura de las costillas; sus ojos son saltones, inteligentes, e indudablemente humanos; poseen colmillos alargados igual a los de un mandril, los cuales sobresalen de sus mentones estrechos y astillados; conservan una aleta dorsal muy parecida a mamíferos como los delfines y una cola rematada por una aleta heterocerca\*. De su psiquis y sus costumbres no se puede decir mayor cosa. Mi tío apuntaba que hace millones de años esta raza inundaba los mares, pero al ser de naturaleza conflictiva y de angosto pensamiento, su población disminuyó considerablemente en guerras contra tritones y humanos que, con el paso de los años, cayeron incluso al borde de la extinción. Su raza es nómada y si bien en un pasado andaban en pequeñas manadas, sus costumbres fueron cambiando, para luego pasar a ser una especie autosuficiente y solitaria. Sin embargo, pese a su carácter bélico, son criaturas juguetonas y traviesas, como sus parientes simios. Su idioma comprende una gama de fonemas que mezclan ultrasonidos y otros ruidos guturales muy difíciles de comprender, pero de los que mi tío dio mayores detalles en su obra *Guía completa de costumbres para el pez mono*, donde encontrarán una explicación detallada de sus histriónicos medios de comunicación, además de otras curiosidades en las que no me voy a detener a explicar aquí.

Bien. Luego de años sin saber nada concreto de mi tío, salvo uno que otro rumor de su paradero que nos llegó desde las costas somalís y de los mares balcánicos, apareció en la casa familiar con la promesa del hallazgo más revelador del origen del hombre. Siempre habíamos tenido al tío Frank por un sujeto raro, pero no como un loco. Mi padre, su hermano, me prohibió acercármele, pero nuestro cariño superaba todos esos miramientos. Mi tío sí que

---

\**Heterocerca*: Aleta caudal de algunos peces usada para darse impulso en el agua.

era un viejo lobo de mar. Resulta que los últimos cinco años antes de su aparición, viajó de polo a polo por los mares persiguiendo la pista del pez mono. Recorrió las aguas de África subsahariana, el golfo de Bengala, los templos de Indonesia donde se le rendía culto, hasta que, una noche a bordo de su velero mientras surcaba el mar Índico, una de estas extrañas criaturas asomó la cabeza cuando mi tío, acodado en el borde de estribor, contemplaba la enorme luna llena flotando como una medalla de oro sobre la superficie del mar. El tío Frank lo miró sin dar mucho crédito a lo que sus ojos palpaban, parecía un sueño, un producto de su excitada fantasía, no obstante, creía tanto en su existencia que era perfectamente posible que en cualquier momento se apareciera así no más como lo hizo. El pez mono terminó de escalar la cadena que da al ancla y goteando pedacitos de luna, se arrimó a él contándole su historia en un inglés antiguo; le dijo que había vagado por el mar buscando a los suyos, pero estos murieron hace décadas; contó de las costumbres de su raza, del pensamiento y los insignificantes logros de esta estirpe. Hablaba con expresiones de marinero, saltaba y se comunicaba con gestos graciosos. Mi tío estaba maravillado tanto a su modo de vida, como a la idea del fin de sus pericias y expediciones. Siguió apareciendo noche tras noche, primero hablando de temas netamente científicos para después entablar una bella amistad con mi tío que los confortó a los dos en sus soledades. En una de estas jornadas, el tío Frank le propuso que se mostrara ante el mundo, señaló la importancia de su testimonio para las generaciones enfatizando en el impacto que causaría dicha revelación para la ciencia; además le prometió, eso sí, protegerlo de cualquier incomodidad que pudiera presentarse.

Y así fue. El anuncio se propagó por los medios como un fuego de burlas, primero medio en broma, luego como morbo y al final despertando cierta curiosidad entre la comunidad científica y otros sectores de la sociedad. A la ceremonia acudieron las universidades, científicos del mundo, la prensa, y hasta el presidente de la república. Al Centro de Convenciones de Cartagena no le cabía un alfiler, todo estaba dispuesto para la presentación: un bufet con

todas las exquisiteces que puede ofrecer la gastronomía caribeña, una logística ordenada y bien desplegada, la tarima con un elegante atril y una cortina roja cubriendo la parte trasera de la misma y la impaciencia por la aparición de dicho descubrimiento. Los minutos caían gota a gota y los rumores de un fraude crecían a la par de las especulaciones, recuerdo estar sentado en la tercera fila cuando a mis espaldas escuché que mi tío era un timo y que todo esto era un show para robarse unos pesos. Yo temblaba de rabia ante estos desalmados comentarios, mi espíritu de niño albergaba la fe de ver esa fantástica figura. Sin embargo, mi tío apareció. Me llené de una enorme alegría que aún hoy no comprendo cuando lo vi salir vestido de frac, con una mirada clara, segura, luminosa. Avanzó al atril en medio de murmullos y burlas, miró al público, observó sus notas y aclaró la voz.

—Hoy nos reúne lo que es sin duda el hallazgo más importante en la hasta ahora inconclusa búsqueda del origen del hombre desde los estudios de Darwin, si bien la arqueología y la ciencia moderna nos han dado ciertas luces del pasado y proyecciones del futuro de la humanidad, aún sigue oculto entre sombras la piedra angular de nuestra evolución...

Aquel discurso fue enérgico y memorable, cuando menos para mi tío; varias veces, debido a la emoción, debió detenerse, organizar sus ideas, tomar del agua a su diestra y proseguir. La comunidad científica, contagiada del interés que producía sus palabras, participaron animosamente con preguntas apropiadas a los planteamientos y vacíos argumentales de mi tío. Cuando por fin acabó, hizo una seña con la mano y las cortinas rojas corrieron dando a relucir una enorme probeta.

La multitud (hasta ese momento expectante) estalló en risas, el presidente se puso colorado como un chanco y fue escoltado a la salida por su séquito, los relámpagos de las cámaras capturaron la imagen confiada y patética de mi tío, y un murmullo que luego escaló a gritos pronunció: «Es un farsante, ahí no hay nada».

El tío Frank conservó la tranquilidad y explicó con calma:



—Se equivocan, el pez mono puede ser invisible, quizá se sienta incómodo ante una multitud tan grande, pero si me permiten, nuestro amigo tiene unas palabras para ustedes.

Mi tío se acercó a la probeta, destapó el techo que la oxigenaba y se mantuvo junto a ella con una sonrisa inclasificable. Poco a poco volvía el silencio y la expectación al salón, luego caminó junto al atril, como si precediera a alguien importante y continuó ceremoniosamente:

—Ante ustedes, el último pez mono.

Lo que sucedió fue que sonaron una suerte de ruidos incomprensibles, era como mezclar el maúllo de un gato con el canto de una ballena; después mi tío interrumpió.

—El pez mono se excusa por no mostrarse, pero me pide les exprese que está encantado con el interés que su modesta presencia suscita. Me dice que dejó de practicar nuestro idioma después de un desentendido con unos piratas españoles hace seis siglos y que no lo ha practicado lo suficiente como para responder a sus preguntas, dice que su inglés conserva un acento enchapado y ridículo por lo que ve más apropiado hablar en su idioma, así que me da a mí la responsabilidad de serle intérprete en la ronda de preguntas ante los periodistas.

Las risas volvieron redobladas, mi tío se vio desconcertado, pidió disculpas con lo que sea que hubiera al lado y salió corriendo del salón como un perseguidor.

Sin embargo, recuerdo que cuando todo acabó y mi padre se lamentaba de nuestra suerte en el salón ya vacío, subí a la tarima y observé la probeta quizá imaginando la fantástica figura del extraño ser que mi tío prometió al mundo, entonces me percaté que en el piso había un rastro de agua, algo parecido a las marcas que uno deja cuando se baña y camina al cuarto. Yo las seguí hasta que desaparecieron, a unos pasos de la playa. Luego caminé en línea recta encontrando un rastro en la arena, eran como pisadas de patas de mono, pero más estrechas en los talones y abiertas en los dedos, estas, se perdieron una vez llegaron al mar.

Y eso fue todo. Los titulares de la prensa fueron implacables no solo con mi tío sino también con el resto de la familia. Este lastre nos sumió en la ignominia, en el escándalo público. Hace poco lo visité, vive en un destartado velero en el Puerto de Santa Marta. Lo vi vaciar una cubeta de basura por la proa del velero, luego hizo una visera con la mano y miró el azul horizonte. Ahora que lo pienso siento que los años no han sido justos con él, me parece que está muy flaco, que el bello rostro que más joven desarmaba mujeres hoy se desluce tostado, seco; su cabellera, antes rubia y voluminosa, cae por mechones blancos como algas marinas y sin embargo, con todo y eso, parece feliz, es más, me atrevería de decir que nunca dejó de serlo. Hablamos por un rato de diferentes temas carentes de importancia, al filo de la tarde nos despedimos con un abrazo, cuando salía me dio por preguntarle qué pensaba hacer el fin de semana, me daba pena su suerte y pensé que le haría bien salir con un amigo, tomar un trago, parecía agitado y al mismo tiempo tranquilo, como si el futuro incierto le reparara algo asombroso, desconcertante, pero feliz; declinó a mi invitación, dijo que en la mañana se marchaba, pues tenía pistas concretas de una tribu tritón a mil doscientas leguas del archipiélago de San Andrés. Hoy no sabemos nada del tío Frank.

# LOS GUAYULES

Ezan despertó ese día con un propósito: quería visitar la Tierra. Nadie sabía a ciencia cierta cuánto tiempo había pasado desde que 815 personas abandonaron el planeta azul con destino al planeta rojo. Tal vez mil años. La tecnología permitió a los científicos oxigenar a Marte, aunque aún había lugares en los que no se podía respirar muy bien. El descubrimiento de agua subterránea permitió a los colonos expandirse en menos de un siglo por todo el territorio, repartiendo y vendiendo terrenos fértiles y vírgenes como si fueran una panacea.

Como sus ancestros, Ezan se dedicaba a la agricultura. Criaba guayules, una especie de gallinas que habían evolucionado hasta ser más grandes y con un vuelo un poco más alto, que se posaban sobre las ramas de los frondosos árboles que se habían adaptado a la naturaleza marciana. Cuando tenía un mal día, le bastaba acariciarlos y escuchar su graznido agradecido después de alimentarlos para sentirse mejor.

El objetivo de Ezan se dio por casualidad: un día uno de los aparatos más viejos de su casa inteligente dejó de funcionar. Lo que se hacía en estos casos era desechar el aparato y adquirir uno nuevo a través de una impresora 3D. Pero Ezan lo había heredado de su abuelo y le tenía especial cariño, así que un robot evaluó el aparato y le comentó que el daño se debía a una sola pieza que se había descompuesto y que fue discontinuada por la empresa, pues la última de su serie fue producida en una fábrica en la Tierra.

¿Qué había allá? Hacía mucho no escuchaba de ella. Cientos de historias se habían formado alrededor de esta. Sabía que cada año, en una época en que los planetas estaban más cerca, salía una enorme nave con destino a ese lugar, en un viaje de cien días, una ruta industrial cuyo fin era regresar con minerales, y ningún habitante tenía alguna razón o le interesaba visitar el antiguo planeta azul. Viajar a ese sitio era visto casi como un castigo.

Podría ir de visita. A través de un amigo, encontró la manera de viajar: lo haría en la enorme nave Ares y para ingresar a esta debía emplearse en beneficio de los demás trabajadores. Así, Ezan dejó en alquiler su casa y su criadero de guayules, despidiéndose con amor de cada animal. Solo lo emocionaba su nueva aventura.

¿Qué era la Tierra? Oficialmente era una piedra fría, muerta y deshabitada que vagaba en el espacio. En la escuela le habían dicho que se tenía la esperanza de volverla nuevamente habitable, pero era una idea vacía que no prosperaba en ninguna generación.

Tras ver una infografía histórica en la red, se interesó por ver el cielo azul cuando sólo lo conocía anaranjado, se preguntó cómo sería el mar, pues en Marte no había cuerpos de agua, salvo piscinas y lagos artificiales. Incluso, indagó sobre cómo sería caminar en la Tierra, porque allá pesaría más que en su casa.

Planteó por casualidad su intención en el club de lectura de su abuela y ella le dijo que ese planeta fue abandonado porque el aire y el agua fueron contaminados hasta ser inhabitable; otro le dio algo de razón, pero mencionó que fue la consecuencia de una guerra nuclear que además hizo que los animales domésticos se volvieran enormes y salvajes. Uno más estuvo en desacuerdo y dijo que eran conspiraciones, que la Tierra siguió su curso normal, pero estaba sobrepoblado. Alguien agregó que en realidad lo que sucedió fue que un grupo de intelectuales abandonó ese lugar luego de verlo decaer en el pecado incorregible y posteriormente cortó toda comunicación con ellos. El último simplemente comentó que llegaron allí solo por el afán del hombre por conquistar todo el universo conocido.

El día de la partida llegó y Ezan estaba listo en el puerto espacial. No era un grupo muy grande, pero fueron divididos en tres: utilitarios, defensa y administrativos. Él era parte de los utilitarios, mientras los de defensa se encargaban de escoltar la nave, supuestamente por la presencia de piratas y monstruos espaciales, pero según el gobierno, su trabajo era evitar algún choque de meteoritos. Finalmente, los administrativos solo realizaban planeaciones.

Al conversar con sus compañeros utilitarios tuvo la impresión de que eran parias o exconvictos, personas con las que la sociedad no quería tener contacto. Supuso que ya habrían conocido el planeta azul, pero se sorprendió al saber que no era así.

Le comentaron que usualmente la nave estaba cubierta, así que no veían el espacio. Al llegar a la Tierra se aparcaba en un enorme hangar y luego el techo se cerraba, por lo que tampoco conocían el cielo. Por último, salían a recoger la producción de los robots mineros y meter algunos datos en las máquinas, y la única razón de no salir del hangar era un aviso que prevenía de peligros desconocidos. Una vez más, los empleados estaban desinteresados por saber qué había afuera, pues todas las comodidades y seguridades, así fueran mínimas, estaban dentro de la nave.

Aunque disminuyó un poco su deseo de seguir, recordó sus queridas aves y su propósito singular, pensando que no había nada de malo en lo que estaba haciendo. De todos modos, ya no podía dar marcha atrás. Tras ser ingresados al Ares, las puertas se sellaron y Ezan fue dirigido a un pequeño corral junto a la cocina donde escuchó graznidos familiares. Allí se enteró de su nuevo empleo: para alimentar a los trabajadores durante el viaje de ida y regreso, sería el encargado de sacrificar guayules.



CUATRO POEMAS  
Y UNA VERDAD





# NADA DE ESO TIENE QUE VER CONMIGO

El café frío sobre tu mesa  
la ausencia cenando en mi asiento  
los versos hilados con memorias de mí  
tus besos en labios jugando a ser los míos  
las botellas durmiendo en tu recámara  
el llanto interno en tu alegre mirar  
la poca química entre nosotros  
tus blasfemias en mi nombre.  
Nada, nada de eso tiene que ver conmigo.

## RESPUESTA

Si yo fuera una respuesta  
no sería más que el engranaje  
de otra máquina que crece a mis espaldas

Si yo tuviera una respuesta  
no estaría escribiendo poesía  
sino aclamando otra venta  
que complace más  
llena más  
inspira más

Si yo buscara respuestas  
ya habría hablado con el triple  
de personas que también las tienen  
y así hundirnos entre complacencias pútridas

## SIEMPRE EN SILENCIO

Monumento sagrado, mujer,  
cáliz que vierten con desdén.  
Ellos no soportan tu brillo,  
quieren opacarlo,  
marchitar tus pétalos,  
arrancar tu tallo.

Majestuosas formas en tu lienzo, mujer,  
son tuyas, sólo tuyas.  
Ellos quieren desdibujarlas,  
saquear ese templo milagroso.  
Bestias camufladas son,  
respiran muerte,  
a su paso todo color se desvanece.  
Su alimento es tu miedo, tu llanto cotidiano.

Golpe tras golpe, mujer.  
Solo maquillas tus heridas.  
Ellos te culpan por tu divinidad,  
todos te culpan,  
todos señalan con el dedo, te crucifican,  
ven tus carnes desgarradas por los buitres  
y hacen de sus ojos dos telones negros.

Tu sangre se derrama, mujer,  
y te refugias en las grietas de tu cuerpo.  
El sufrimiento es la más grande cicatriz.  
Estás sola, te han dejado sola  
y aunque tu corazón grita,  
todo está en silencio, siempre en silencio.

## VIVE SIN VIVIR EN MÍ

Guarda todo, guarda lo que tienes por decir,  
ya va a llegar ese quien pueda escucharte,  
ese que sin juzgar logre abrir  
los secretos más preciados de ti.

Mientras tanto, contemplo  
como se diluyen las sonrisas  
el primer día que vimos  
la luna iluminar nuestros pies.

Lo mejor de no estar juntos  
es que tu recuerdo  
dicta mi inspiración  
que no es gracias a ti  
sino a la farsa que  
renuevo todos los días  
para poder seguir.

Vive sin vivir en mí,  
como lo has hecho siempre,  
como lo seguirás haciendo,  
vive sin vivir en mí,  
vive sin vivir en mí,  
vive sin vivir en mí.



